

EL ESTABLECIMIENTO DE LA BASE NAVAL DE SÓLLER

Introducción

EL 20 de abril de 1937, en la isla de Cabrera, la Marina italiana transfirió, en absoluto secreto, dos submarinos al bando conocido como nacional: el *General Mola* y el *General Sanjurjo*. Estas unidades fueron destinadas a Sóller, donde operaron junto a cuatro submarinos italianos. Sus dotaciones, conformadas por voluntarios, llevaban a cabo misiones encubiertas, navegando en superficie durante la noche y permaneciendo sumergidos durante el día para emboscar a sus objetivos. Su misión principal era atacar a barcos republicanos y mercantes sin bandera de control, evitando, en la medida de lo posible, enfrentamientos con buques británicos, franceses, estadounidenses y japoneses.

A pesar de las limitaciones de infraestructura y la falta de experiencia de su dotación, Sóller se convirtió en un punto clave para las operaciones submarinas de la Marina nacional, especialmente en el contexto de la intervención secreta de Italia en el conflicto.

El puerto de Sóller, de tamaño modesto pero con una ubicación favorable y fácil de defender, ofrecía el camuflaje ideal para las actividades militares encubiertas. La base naval se organizó con rapidez, estableciendo servicios esenciales como el mantenimiento y almacenamiento de

torpedos, la recarga de baterías, el servicio de combustible y un taller de reparaciones. Sin embargo, su existencia estuvo marcada por el secretismo, necesario para ocultar la procedencia italiana de los submarinos y evitar repercusiones internacionales.

A lo largo del artículo, se expondrá cómo Sóller pasó de ser un tranquilo puerto agrícola a convertirse en un enclave militar de gran importancia, la convivencia entre marinos españoles e italianos, el impacto de la base en la vida local y los intentos de la Flota del bando conocido como republicano por «atacarla»; sin duda, una historia poco conocida pero fundamental para comprender el papel de Mallorca en la Guerra Civil y la compleja red de alianzas y estrategias que definieron el conflicto.

¿Por qué Sóller?

El 20 de abril de 1937, en la isla de Cabrera, el capitán de corbeta Fernández de Bobadilla y Ragel tomó el mando del submarino *General Mola*, con una dotación reclutada apresuradamente y con escasa experiencia en submarinos. Muchos de sus miembros nunca habían estado a bordo de uno y sólo los conocían por el cine, lo que evidenciaba la falta de preparación inicial.



El Puerto de Sóller se convirtió, casi por azar, en refugio de marinos y testigo silencioso de la historia naval, un lugar donde la montaña abraza al mar y la defensa se confunde con la naturaleza.

**(Rafael Fernández de Bobadilla y Ragel,
primer comandante del submarino *General Mola*)**



El puerto de Sóller a principios del siglo XX.
(Fuente: archivo familiar del autor)

Ese mismo día, el *General Mola* atracó en Sóller, donde durante las siguientes tres semanas realizó salidas diarias con el objetivo de adiestrar intensivamente a la dotación.

Antes de partir de Cádiz, Bobadilla ya había previsto la necesidad de contar con una base naval adecuada para operar los nuevos submarinos adquiridos en Italia. En un memorando propuso establecer dicha base en Porto Pi, en la bahía de Palma, destacando la importancia de contar con infraestructura para el mantenimiento y abastecimiento de las unidades¹, ya que, aunque en Mahón existía una base naval perfectamente equipada, Me-

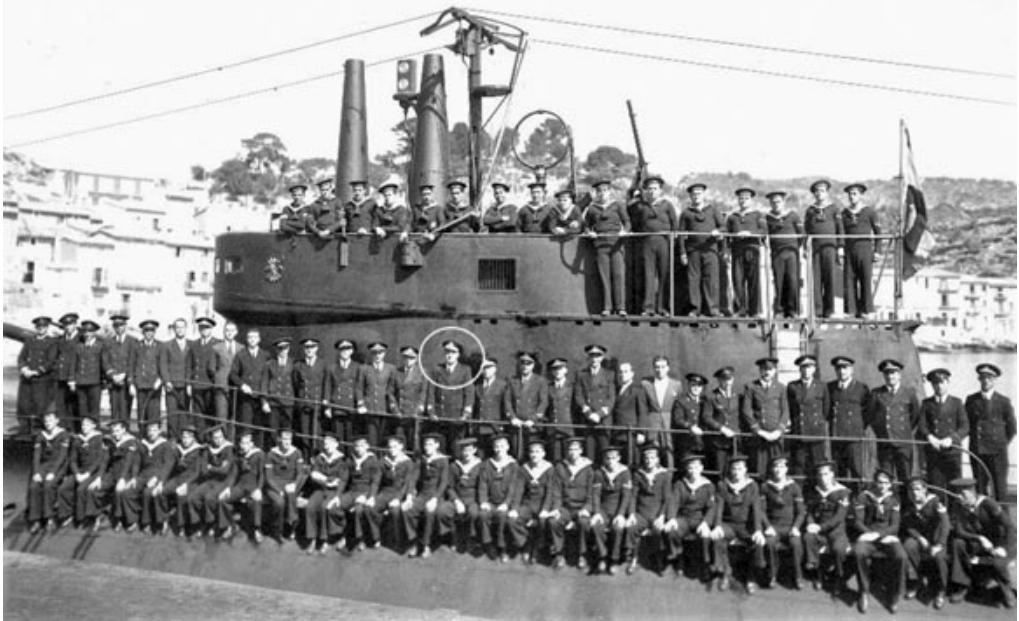
norca permanecía bajo control republicano y no había suficientes tropas en Mallorca para intentar su captura sin afectar a los frentes de combate en la península. Como resultado, Mahón quedó inutilizada hasta el final de la guerra.

Ante esta situación, se eligió Sóller como base operativa. A pesar de ser un puerto pequeño, su bahía ofrecía buen calado y una boca estrecha, fácil de proteger. En condiciones precarias y con gran rapidez, se instalaron los servicios esenciales, como carga de baterías, suministro de aire comprimido, mantenimiento y almacenamiento de torpedos y un pequeño taller de reparaciones. Aunque improvisada, esta base resultó clave para la operatividad de los submarinos nacionales.

El puerto de Sóller no había experimentado acciones militares desde las campañas entre la Monarquía Hispánica y los sultanes otomanos. En 1561, una flota turco-berberisca liderada por Uluj Alí asaltó la zona con el objetivo de obtener botín y sembrar el terror en el Mediterráneo occidental. Desde entonces,

1. De hecho, cuando se concretó la compra secreta de dos submarinos a Italia, la orden de operaciones del JEM de la armada nacional, que en aquel momento era el vicealmirante Francisco Moreno Fernández (15 de abril de 1937) estableció Porto Pi como base.

Sóller 1937. La dotación del *General Mola* al completo.
:(Fuente: archivo familiar del autor)



las peores amenazas para Sóller habían sido las epidemias de peste y cólera.

La última relación del puerto con la guerra antes de la intervención de los submarinos italianos había sido el bombardeo de distracción llevado a cabo por la flota republicana en septiembre de 1936. Sin embargo, la decisión de establecer una base en Sóller estuvo directamente vinculada con la participación secreta de Italia en el conflicto. Si el Gobierno italiano hubiera respetado el Tratado de Londres, que prohibía la venta de buques de guerra a países en conflicto, o si lo hubiese hecho de manera pública, la Marina nacional nunca habría utilizado Sóller como base. Su principal ventaja era la discreción que ofrecía para ocultar las actividades submarinas.

La base de Sóller fue establecida oficialmente el 15 de abril de 1937 con la misión de aprovi-

sionar a los submarinos *General Mola* y *General Sanjurjo* y, posteriormente, a los buques de la Fuerza de Bloqueo del Mediterráneo. Su primer comandante fue el capitán de corbeta Felipe Abárzuza, un oficial de unos cuarenta años que había mandado el submarino C-3 durante dos años. Abárzuza pasó seis meses en Londres antes del estallido de la Guerra Civil, y cuando comenzó el alzamiento se encontraba en la zona de Cádiz, donde colaboró en la organización del traslado del ejército de África a la península. Posteriormente, asumió el mando del crucero auxiliar *Lázaro*, con base en Palma, hasta el 26 de mayo de 1937, en que fue nombrado jefe de la Base de Aprovisionamiento de Sóller. Aunque no se conocen muchos detalles sobre su personalidad, su capacidad organizativa debió de ser notable, ya que logró habilitar una base con escasos recursos en muy poco tiempo. El 23 de abril de 1938, dejó su cargo para asumir

el mando del crucero auxiliar *Cantábrico*, y más adelante llegó a ser ministro de Marina, entre 1957 y 1962.

El establecimiento secreto de la base naval

El aislamiento geográfico de Sóller facilitaba el control del acceso al puerto. Las únicas vías terrestres eran el tren, las carreteras desde Palma y Deià y algunos senderos de montaña.

Para mantener en secreto su establecimiento, se dispusieron puestos de vigilancia en las carreteras y un control en la bifurcación que conducía al puerto, donde el tranvía debía detenerse obligatoriamente. Los caminos montañosos eran difíciles de recorrer sin ser vistos, ya que la zona estaba repleta de olivares en producción, con escasos lugares para ocultarse.

A pesar de estas medidas, los submarinos no pudieron pasar desapercibidos. El cónsul británico en Palma, Alan Hillgarth, informó a

finales de 1936 que en Sóller se habían instalado baterías de montaña y reflectores para reforzar la seguridad; en enero de 1937, notificó que el puerto estaba cerrado por tierra y que sólo se podía acceder con un pase —aunque este hecho no es recordado por los residentes de la época—, y en abril declaraba que Sóller albergaba una base para dos submarinos de procedencia no española. Sin embargo, gracias a una hábil estrategia de desinformación, se le hizo creer que eran alemanes y que no había extranjeros en sus dotaciones, cuando en realidad estaban marinados por militares italianos.

El éxito de esta operación encubierta resulta sorprendente, considerando que en Palma había hasta cuatro submarinos italianos con dotaciones completas, cuyos marineros incluso salían de permiso por la ciudad. Sin embargo, el cónsul británico nunca logró identificar a los submarinos como italianos, lo que demuestra el alto nivel de secretismo y engaño mantenido por la Marina nacional y sus aliados, aunque la verdadera razón no

era simplemente la presencia de submarinos en Sóller, sino el hecho de que provenían de Italia, violando así los tratados internacionales. El objetivo era evitar que fueran reconocidos como unidades italianas y hacer creer a la comunidad internacional que los nacionales habían adquirido los buques de Alemania.

Submarino saliendo del puerto de Sóller con mar revuelto. Invierno de 1937-38.

((Fuente: archivo familiar del autor))



La adecuación de la base naval

Las primeras medidas que se tomaron fueron las de cerrar al uso militar los dos espigones transversales y los tramos de muelle adyacentes, aquéllos capaces de albergar barcos de gran calado. Esto dejó como única opción los varaderos cerca del Hotel Marisol para los pesqueros. Se comenzaron a construir talleres para torpedos y recarga de baterías en el espigón exterior, además de almacenes y otros talleres que separaban la zona militar de las viviendas cercanas. La construcción de estas instalaciones fue relativamente sencilla, ya que los muelles acababan de ser ampliados y el espigón exterior recién completado. En 1937, la única construcción relevante era la del espigón exterior.

Se requisaron dos hoteles y al menos tres viviendas, aunque se desconoce su uso exacto; probablemente se destinaron a ofi-

cinas y alojamiento para el personal militar. La estación del tranvía, que albergaba el Hotel Marisol, fue alquilada para alojar a los marineros de los submarinos italianos. El Hotel Marina se usó para sus oficiales. Por su parte, la mayoría de los oficiales españoles residieron en las casas y chalets de las playas del Través y d'en Repic, y algunos oficiales destinados en Palma tenían viviendas en el Port. La familia del comandante del submarino *General Mola*, Bobadilla, se alojó en La Torre, una antigua fortaleza en el puerto, y se organizó una escuela para los hijos de los oficiales justo al otro lado del tranvía.

La Marina intentó crear un ambiente cerrado y controlado, investigando a los residentes del Través y el Port y reubicando a quienes no se consideraban de confianza. Además, el Lazareto se utilizó como prisión para milicianos capturados durante el desembarco

El *General Mola* en el espigón del puerto de Sóller con toda su dotación al regreso de una patrulla en febrero o marzo de 1938.
(Fuente: archivo familiar del autor)



de Manacor, quienes trabajaron en la construcción de la carretera hasta la batería antiaérea de Muleta. Esta batería se montó en la primavera de 1937, y aunque se sabe de otra al otro lado del puerto, su ubicación exacta es desconocida. También se pusieron reflectores en la zona.

Para defenderse de los torpedos, se instaló una red antisubmarina con material sobrante de la del puerto de Palma que, suspendida de un cable sostenido por flotadores, bloqueaba un total de 190 metros, protegiendo el canal practicable hacia La Sultana. La red era adecuada para los ataques previstos en ese momento, aunque no hubiera sido efectiva contra los torpedos humanos o aéreos que se desarrollarían más tarde.

Además, se implementó un sistema de alerta temprana para bombardeos aéreos, con un bou armado llamado *Ciudadela* que servía para la vigilancia antisubmarina. En la playa d'en Repic se construyó un refugio antiaéreo, aunque su efectividad era limitada debido a su diseño primitivo y a las características del bombardeo aéreo. A pesar de ser un blanco fácil para un ataque por aire, la base nunca fue bombardeada, y su única actividad de vigilancia significativa fue el espionaje.

Los submarinos en la base reportaron la presencia de pesqueros desconocidos cerca del puerto y luces intermitentes en zonas deshabitadas, lo que sugiere que se enviaba información a la península mediante personas valientes y con doble vida. No obstante, la mayoría de los pescadores eran considerados fiables y se les permitía pescar con normalidad. Sus embarcaciones estaban identificadas y debían esperar la autorización

para pasar la red antisubmarina.

El almacenamiento y manejo de torpedos se realizaba de manera inicial en el muelle, utilizando una grúa flotante llamada *cabria* antes de que se construyeran talleres específicos. Los torpedos, provenientes de Italia o desembarcados en Palma y transportados por tren y tranvía, eran grandes y difíciles de trasladar discretamente, por lo que la base de Sóller fue un importante centro de almacenamiento y mantenimiento de éstos.

El taller de torpedos, especializado en probar y ajustar estos dispositivos, requería personal calificado y maquinaria avanzada. También se fabricaban piezas de repuesto en Mallorca, aprovechando los talleres de relojería y las fábricas de precisión, aunque a partir de 1938 comenzaron a llegar directamente desde Italia.

No obstante, existían problemas logísticos. La carga de baterías era ineficiente, lo que llevó a solicitar el envío del buque *Ártabro* (posteriormente renombrado *Juan de la Cosa*) para actuar como central eléctrica flotante. Sin embargo, esta petición no se materializó, obligando a los submarinos a cargar sus baterías utilizando sus propios motores en puerto. Esta solución no sólo dificultaba el descanso de la dotación, sino que también generaba un desgaste prematuro en los equipos, afectando a la eficiencia operativa de las unidades desplegadas en Sóller.

El personal en la base creció rápidamente, con una mezcla de militares españoles e italianos y algunos técnicos alemanes. Las comunicaciones se realizaban por radio desde la estación de Muleta, utilizando inicialmente códigos italianos, aunque los mensajes a los submarinos se enviaban desde Palma.

También se usaban mensajeros y teléfonos para comunicarse con la península.

La electricidad provenía de El Gas S. A. de Sóller, y el combustible se almacenaba en una barcaza. Durante la presencia de submarinos italianos, también había un viejo petrolero italiano en el puerto, un blanco vulnerable en caso de ataque aéreo republicano, aunque éstos estaban más enfocados en destruir la base de Son San Juan.

La base de Sóller albergó varios submarinos, lanchas rápidas torpederas y destructores italianos. También había ocasionalmente

cañoneros, el bou armado *Ciudadela*, hidroaviones y reflectores. El puerto nunca había estado tan lleno de barcos grandes y se mantenía una estricta seguridad, con restricciones en el acceso a cámaras fotográficas.

Un informe italiano de febrero de 1936 lo describía como un pequeño puerto agrícola que fue transformado en una base naval que en pocos meses se alistó para albergar submarinos y lanchas torpederas. Aunque los españoles consideraban que la base de Mahón era la más adecuada, Sóller seguía siendo un buen punto de apoyo para las unidades. El informe destacaba las instala-



Dotación del *General Mola* en el puerto de Sóller en febrero o marzo de 1938. (Fuente: archivo familiar del autor)

ciones existentes en la base, como talleres de torpedos, estaciones de carga, almacenes y refugios, y mencionaba los problemas con la resaca en el puerto, que dificultaba las maniobras de entrada y salida de los barcos.

El impacto de la base naval

Antes de 1936, Mallorca estaba desmilitarizada, y la instalación de una base naval en Sóller fue una sorpresa para los habitantes de la isla. Sin embargo, con el tiempo el puerto se convirtió en un centro clave para la Marina, con submarinos y marinos italianos y españoles operando allí.



Oficiales italianos en el espigón interior del puerto de Sóller. Septiembre-octubre de 1937.
(Fuente: archivo familiar del autor)

El impacto de la instalación de una base clandestina de submarinos en este pequeño núcleo urbano fue colosal. Además de los hoteles y la mayoría de los chalets y residencias veraniegas de la playa d'en Repic requisados, lo que probablemente tuvo un impacto aún mayor fue la presencia de unos 500 marinos, en su mayoría italianos. Éstos, en lugar de in-

tegrarse en la comunidad local, hicieron que la población tuviera que adaptarse a su presencia, y todo lo relacionado con el puerto pasó a depender de ellos. Los cafés de la calle Marina se llenaban, y las jóvenes solían pasear por los alrededores en grupo o acompañadas de sus familiares, aunque es probable que esto ya sucediera antes de la llegada de los marineros. Los piropos y los intentos de acercamiento, sobre todo por parte de los italianos, fueron frecuentes; incluso hoy en día esta costumbre persiste y sorprende a los visitantes de puertos italianos. Las tardes de otoño e invierno se animaban con partidas de cartas o juegos, siempre acompañados de gritos y peleas.

Las tripulaciones italianas recibían un salario mucho más alto que las españolas, lo que generaba rivalidades entre ambos grupos. El tabaco rubio de alta calidad se distribuía generosamente entre los marineros italianos, contrastando con el escaso y de baja calidad que consumían los españoles. Aunque sólo se ha documentado una pelea entre ambas nacionalidades, es probable que éstas no fueran aisladas, ya que hay registros durante la Segunda Guerra Mundial de numerosos conflictos similares entre los distintos ejércitos aliados.

Una historia que se ha contado mucho es la de un marinero vasco del *General Sanjurjo* que, cansado de escuchar a un suboficial italiano blasfemar, le dio un puñetazo y le dijo: «¡Deja estar a la Virgen!». Esto ocurrió en la primavera de 1938, poco después de los eventos descritos en este relato. Por aquel entonces, el comandante del buque era el capitán de corbeta Luis Carrero Blanco, que logró evitar que se abriera un expediente disciplinario contra el marinero. El mismo Carrero Blanco que años

más tarde fue asesinado en un atentado de la banda terrorista ETA siendo presidente de uno de los últimos gobiernos de Franco. Otro relato familiar cuenta una pelea entre aviadores alemanes e italianos en el puerto de Palma, aunque no está claro si fue por una mujer, por falta de cooperación durante una misión o ambas cosas. En este caso, los italianos resultaron ser los más perjudicados, siendo arrojados al agua.

El Hotel Marisol se convirtió en alojamiento para la marinería italiana, pero no fue el único, ya que había alrededor de 120 marineros en el puerto. Los españoles, por su parte, eran en su mayoría jóvenes universitarios o hijos de familias acomodadas que se alistaron voluntariamente y que se juntaban para alquilar pisos o habitaciones —se supone que en la calle Marina— que compartían con los miembros de la tripulación del otro submarino, ya que no coincidían a la vez en puerto. Cuando esto ocurría, aprovechaban para ir a Sóller,



Oficiales italianos en el espigón interior del puerto de Sóller. Tras ellos, un submarino clase *Archimede* y el *Iride*.
(Fuente: archivo familiar del autor)

donde tenían más oportunidades de entablar conversación con las chicas. Además, los permisos para ir a Palma eran frecuentes, lo cual resulta extraño si se quería mantener en se-

creto la existencia de los submarinos, y al parecer se fletaba un autobús para transportar a todos aquéllos con licencia.

Aparentemente, los permisos se otorgaban con cierta liberalidad, y estando en puerto podían concederse incluso día sí, día no. Así, la mitad de la dotación quedaba disponible, mientras que la otra disfrutaba de su licencia.

Según los testimonios recopilados, parece que españoles e italianos llevaban vidas separadas, sin mezclarse demasiado. Esto podría deberse a la actitud de superioridad de los italianos, al orgullo de los españoles —que eran estudiantes universitarios— o incluso a la barrera del idioma, aunque el español y el italiano son lo suficientemente similares como para que se pudieran entender rápidamente.

El período de descanso en Sóller

Las opciones de entretenimiento para los marineros en el puerto y en Sóller eran variadas, abarcando desde representaciones teatrales *amateur*, en las que participaban jóvenes de Sóller o refugiados, hasta conciertos de la banda Metralla Jazz. Ambos eventos contaban al final de las sesiones con un servicio especial de tranvías que transportaba a los asistentes al puerto.

El primer Día del Carmen en Sóller, el 16 de julio de 1937, se organizó un programa festivo que reproduzco parcialmente:

—A las 07:00 diana en todo el pueblo a cargo de la banda municipal de Sóller, acompañada de gigantes y cabezudos.

—A las 08:00 desayuno.

—A las 10:00 misa cantada en la parroquia de Sóller en honor a la Virgen del Carmen. Tras ésta, un tradicional paseo de la cuadrilla que participaría en la becerrada de la tarde, organizada por los valientes Niño de la Isla y Morenito el Negro.

—A las 12:00 comida, con un rancho extraordinario para las dotaciones de la base, del destacamento de Infantería de Marina, de la Falange marítima y de las tripulaciones de los buques.

—De 16:00 a 18:00 concursos con premios: carrera ciclista con obstáculos, carrera de sacos, tiro de cuerda, concurso de «sarcén», regatas en botes de seis remos (la base contra buques especiales), regata de balsas, natación de 50 metros y de resistencia, buceo y cucaña marítima.

—A las 18:00 cena.

—A las 19:00 gran becerrada, con la lidia y

muerte a estoque de dos toros bravos.

—De 21:00 a 23:00 gran baile en la explanada de la fuente.

Aunque los horarios de las actividades puedan parecer algo inusuales, se debe a que están establecidos según el horario solar, que tiene dos horas de diferencia con el del verano actual. Con todo, parecía tan inocente a como se reflejaba en las películas *Mediterráneo* o *Cinema Paradiso*.

Los «ataques» republicanos a Sóller

El puerto de Sóller nunca fue bombardeado ni por aire ni por mar, a pesar de que se cree que los republicanos sabían de la existencia de la base.

El puerto de Sóller en la actualidad.
(Imagen facilitada por el autor)



El 19 de diciembre de 1936, a las 16:30, tres buques salieron de Barcelona con un práctico de las costas mallorquinas a bordo y el soviético Kiril Meretskov como jefe de Estado Mayor. Su misión era bombardear el puerto de Sóller, donde se refugiaban los submarinos italianos que operaban a favor de los nacionales. A las 22:30, el *Sánchez Baircáztegui* efectuó 26 disparos, mientras que los otros dos buques, el crucero *Méndez Núñez* y el destructor *Gravina*, permanecieron en vigilancia por si aparecían los cruceros nacionales. Al terminar la operación, el *Méndez Núñez* se dirigió a Tarragona, el *Sánchez Baircáztegui* a Barcelona y el *Gravina* a Rosas.

Este bombardeo, calificado como «fantasma» debido a que nadie en Sóller lo recuerda, está recogido en el semanario *La Marina*, número 96, del 24 de diciembre de 1936, si bien no existen informes de campaña ni cuadernos de bitácora que documenten esta operación, ni tampoco está registrada en los partes de guerra nacionales o republicanos, lo que sugiere que fue una pequeña y poco relevante demostración ofensiva. Según el mencionado semanario, el bombardeo probablemente ocurrió en las primeras horas del 23 de diciembre y tuvo una duración breve. Debido a la falta de operaciones significativas por parte de la Flota republicana, se mencionan estos episodios aislados y menores.

En ese momento, Sóller no era oficialmente una base naval. Sin embargo, se sabe que la información sobre las actividades en su puerto llegaba rápidamente a los servicios de inteligencia republicanos. La Flota republicana rara vez zarpaba sin una razón clara, y muchas veces no salía a la mar incluso cuando la tenía. Por lo tanto, si realmente ocurrió el bombardeo, es posible que algún submarino

estuviera en el puerto en ese momento. El *Méndez Núñez*, al ser un crucero blindado, podría haberse acercado a la entrada del puerto y disparado a corta distancia contra cualquier objetivo allí presente. Si algo hubiera intentado repeler el ataque, probablemente no lo hubiera hecho de inmediato. Sin embargo, la falta de determinación de la Flota republicana pudo provocar que dejaran escapar esta ocasión.

La dispersión de los buques al regresar es también un detalle curioso. Para añadir un poco más de misterio, la única otra referencia al bombardeo proviene del cónsul Hillgarth, quien señaló: «La noche del 19 de diciembre de 1936, Sóller fue nuevamente cañoneada desde una gran distancia por un crucero ligero republicano, que se creía era el *Méndez Núñez*, acompañado de los destructores *Gravina* y *Sánchez Baircáztegui*, de Barcelona. Cayeron una docena de obuses sobre los acantilados, excepto uno que impactó en el puerto, aunque sin causar daños».

Aunque la misión no pasó de ser una anécdota, el silbido de los veintiséis proyectiles, disparados probablemente en menos de cinco minutos, y su explosión contra los acantilados, con al menos uno impactando en el puerto, debió de ser un espectáculo aterrador, afortunadamente nunca repetido en Sóller. El estallido de un proyectil de destructor, con un diámetro de 120 mm, un peso de 30 kg y una velocidad de impacto de 450 m/s, diseñado para explotar y esparcir metralla, no es algo que se desee presenciar de cerca, aún menos si el disparo provenía del *Méndez Núñez*, con sus cañones de 152 mm. Además, resulta improbable que el *Sánchez Baircáztegui* o el *Méndez Núñez* pudieran acertar en un muelle que no podían visualizar ni conocer

la distancia exacta y sin poder observar las explosiones para ajustar distancia o ángulo.

Según las memorias del almirante Moreno, el crucero nacional *Canarias* se dirigía esa noche desde las cercanías de Ibiza hacia la costa catalana cuando avistó las luces de lo que creyó era un destructor, persiguiéndolo sin éxito a veinticinco nudos. Estuvo cerca de encontrarse con los destructores y el crucero republicano, y tal vez el temor a este último explique la falta de decisión de la escuadra republicana.

Otro episodio ocurrió el 7 de agosto de 1937, mientras el *General Sanjurjo* y el *General Mola* se encontraban en el puerto de Sóller, cuando un escuadrón de ocho bombarderos *Katiuskas* republicanos atacó el aeródromo de Palma. Tras el bombardeo, fueron perseguidos por cazas nacionales o italianos, que lograron derribar uno de los aparatos a 15 millas de Sóller.

A pesar de la presencia habitual de submarinos en el puerto, éstos no fueron atacados durante la incursión aérea republicana. Esta omisión resulta sorprendente, considerando la importancia estratégica de estos buques en el bloqueo marítimo. Las razones por las cuales los submarinos no fueron tomados como objetivos por la aviación republicana pueden ser diversas. En primer lugar, es posible que la República priorizara atacar objetivos más visibles y de mayor impacto, como el aeródromo de Palma, en lugar de intentar localizar y destruir submarinos en puerto. Por otro lado, la dificultad de identificar con precisión su ubicación exacta en Sóller desde el aire pudo haber disuadido un ataque directo. Además, es probable que la falta de inteligencia detallada o de capacidad técnica para efectuar bombardeos de

precisión sobre submarinos jugara un papel decisivo.

El valor estratégico de Sóller como base submarina quedó reflejado en la Orden de Operaciones n.º 132 del crucero *Libertad*, del 24 de julio de 1937, en la que se indicaba que dos submarinos franquistas operaban continuamente entre Barcelona, Valencia y el cabo de Gata, abasteciéndose en Sóller. Esto demuestra que la República tenía conocimiento de la presencia de submarinos en la zona, aunque no se tradujo en ataques a su base.

Conclusiones

Durante la Guerra Civil española, el puerto de Sóller, en la costa norte de Mallorca, pasó de ser un tranquilo refugio pesquero a convertirse en un enclave estratégico para la Marina nacional. Su transformación en base naval no fue el resultado de una planificación meticulosa, sino de una serie de circunstancias imprevistas que lo convirtieron en el lugar ideal para operar en la sombra.

Inicialmente, el puerto de Mahón, en Menorca, parecía la mejor opción, dada su infraestructura y tradición naval, pero su control republicano lo hacía inaccesible. Por otro lado, Porto Pi, en Palma, aunque bien equipado, no ofrecía las condiciones de discreción necesarias para una operación de esta naturaleza.

Sóller, en cambio, reunía todas las características requeridas: una bahía profunda y bien protegida, acceso limitado por tierra y un relativo aislamiento que dificultaba la infiltración de espías. Además, la población local, alejada del epicentro del conflicto, no tenía una fuerte presencia republicana, lo que reducía el riesgo

de sabotaje. Así, casi por descarte, Sóller se convirtió en la base de operaciones para los submarinos nacionales y, poco después, en un punto de apoyo clave para los sumergibles italianos que participaban clandestinamente en la contienda.

A pesar de la improvisación con la que se estableció la base, poco a poco se dotó de los servicios esenciales para la operatividad de los submarinos. Se construyeron depósitos de torpedos, se instalaron equipos de aire comprimido para la recarga de los sumergibles y se habilitaron pequeños talleres de mantenimiento. La convivencia entre marinos españoles e italianos, sin embargo, no estuvo exenta de tensiones. Las diferencias salariales y culturales generaron cierto malestar, aunque todos compartían el mismo objetivo: debilitar la capacidad marítima republicana y asegurar el control del Mediterráneo occidental.

Sin embargo, la base de Sóller nunca fue objeto de un ataque significativo. Hubo intentos republicanos de bombardearla, pero la difícil orografía del puerto y la protección natural de las montañas impidieron que éstos tuvieran éxito. La discreción con la que se manejaron las operaciones también jugó a favor de los nacionales, permitiendo que la base continuara funcionando hasta el final de la guerra sin sufrir grandes contratiempos.

Cuando el conflicto llegó a su fin, el puerto de Sóller perdió su valor militar y volvió a la tranquilidad de antaño. Sin embargo, su papel durante la contienda dejó una huella imborrable en la historia naval de España, como ejemplo de cómo la geografía, la necesidad y la estrategia pueden convertir un pequeño puerto en un punto neurálgico de una guerra.

BIBLIOGRAFÍA

Wandosell Fernández de Bobadilla, G.: «La historia de la llegada del submarino *General Mola*, y de su primer Comandante, Rafael Fernández de Bobadilla y Ragel». *Mvrgetana*. Número 140, año LXX, 2019, pp. 101-125.

Recalde Canals, I.: *Los submarinos italianos de Mallorca y el bloqueo clandestino a la República (1936-1938)*. Leonard Muntaner Editores, S. L. Palma de Mallorca, 2011.

Archivo de la familia Fernández de Bobadilla:

Cuarenta y siete cartas personales del capitán de corbeta Rafael Fernández de Bobadilla y Ragel sobre su comisión reservada en Italia. Período: 1936-1937.

Instrucciones reservadísimas para comandantes de la jefatura del Estado Mayor de la Marina, del Cuartel del bando nacional en Salamanca, 28 de octubre de 1936.

Copia de los partes de guerra del submarino *General Mola*. Período: 1937-1938.

Hoja de servicios del almirante Rafael Fernández de Bobadilla y Ragel. Archivo Naval de Cartagena.

Historial del submarino *General Mola* (Z 362). Legajo 45. Noticias de prensa.

Fragata *Canarias* llegando a la Base Naval de Rota tras su participación en el Dédalo 25-3.
(Foto: Francisco de Paula Márquez Lumpié)





TEMAS PROFESIONALES

